

## EL VIAJE DE OLI Y VERA

Aquella mañana Vera se despertó nerviosa y emocionada, deseosa de contar a Olí su maravilloso sueño.

Habían viajado juntos a un lindo pueblo que tuvo un castillo y muchos naranjos, almendros y olivos. Una pequeña barca los había llevado por el ancho Duero y los había dejado en la orilla española

Habían pasado varias horas recorriendo múltiples caminos, admirando cuántas plantas, flores y bosques de olivos llenan los bancales de colores y aromas y embriagan el alma de paz y de belleza. De vez en cuando algún rebaño de ovejas y vacas pastando plácidamente

Agotados pero felices se sentaron bajo un olivo añoso y florecido. Echaron una última mirada al majestuoso Monte Gudín, y al sol que se ocultaba tras los montes de Portugal. De repente, algo empezó a brillar intensamente. Era un escudo. Lo observaron y les llamó la atención el olivo sinople, arrancado, hijado y frutado, puesto sobre ondas de azur.

Después, sin saber cómo habían llegado a una animada plaza, donde se saludaban familias llegadas de todos los rincones, los Cornicabra y Cornezuelo, los Lechín, los Gordal, los Manzanilla, los Verdial, los Zorzal y muchos más. Era la fiesta de la amistad. Había una enorme carpa de feria decorada con bellos paisajes de olivos

Y entraron en la carpa que parecía un museo. En todos los puestos colgaban llamativos carteles informativos y fotografías con las características, propiedades, y beneficios del olivo y de su aceite. En los expositores un sinnúmero de productos, objetos y utensilios para la salud, el cuerpo y la belleza.

En el último stand, la atractiva librería. Vera y Olí se sorprendieron al ver a Quimo y Tuna firmando un precioso libro infantil con sorprendentes historias, leyendas y mitos sobre el inmortal olivo titulado **El árbol mágico**.

Eran suyas las bellas y originales ilustraciones de Atenea y su lanza golpeando la roca, Isis, Noé y la paloma, Jesús en Getsemaní y muchas más.

Se saludaron con inmensa alegría y quedaron para verse después.

Olí sentía pasión por la navegación y la historia. Se puso a ojear una curiosa colección de cómics de los pueblos colonizadores de la Península

El primero dedicado a los fenicios, surcaron en sus naves mercantes el Mar Mediterráneo y nos trajeron como regalo de Oriente un acebuche, el árbol de las olivas.

El segundo para los griegos. Nos enseñaban a extraer el zumo de las olivas, a usarlas como alimento por sus propiedades nutritivas y su exquisito sabor y en un vaso para óleos se veía una corona olímpica de ramas del olivo sagrado, símbolo de victoria y de paz.

En el tercero estaban los romanos como un ejército entre acueductos, teatros y puentes. Fueron expertos en el arte de cultivar el olivo y Olí recordó la historia del monte artificial de Roma, hecho con ánforas béticas de exportar el aceite y símbolo de la riqueza del Imperio Romano.

Amanecía. Un rayo de sol había despertado a Vera, acariciándola.

Y Olí adivinó el nombre del pueblo del escudo. Era **Vilvestre**.